

EDITORIAL

Desarrollo y ambiente *Development and environment*

La noción de ‘Desarrollo’ tiene sus raíces en el siglo XVIII. Y no por casualidad irrumpe en este siglo lo que se conoce como la Revolución Industrial, que tiene como disparador la incorporación de una nueva fuente de energía al proceso productivo. Si antes se recurría a la energía biológica -humana o animal; muy ocasionalmente a la hidráulica-, para producir lo necesario para la existencia humana, a partir del uso del carbón se incrementa de manera espectacular la producción por unidad de tiempo o, en otras palabras, la productividad del trabajo da un salto cualitativo. Es por ello que muchos pensadores sostienen que hablar de desarrollo es referirse al proceso que permitió y permite pasar de condiciones de existencia caracterizadas por la baja producción y la pobreza a otras en las que lo dominante es un mayor de nivel de consumo y de calidad de vida material.

Aun cuando el proceso de desarrollo se inicia con la Revolución Industrial, el término como tal sólo comienza a ser empleado después de la Segunda Guerra Mundial. Entre mediados de los siglos XVIII y XX, los vocablos más utilizados para referirse al proceso que hoy día identificamos con desarrollo eran riqueza, progreso, evolución, crecimiento e industrialización. Sin importar como lo denominemos, lo cierto es que el ‘desarrollo’ aparece como un objetivo a ser alcanzado por inúmeros grupos sociales, indistintamente de cual sea su sistema político.

En estos más de doscientos cincuenta años transcurridos desde que la máquina de vapor fue inventada e introducida en el proceso productivo, la relación entre el hombre -organizado social, económica y políticamente- y la naturaleza ha sufrido múltiples y, en ocasiones, profundas transformaciones. Y la más de las veces, sus resultados objetivos no han sido muy favorables para esta última, por no decir que tampoco lo ha sido para una gran mayoría de seres humanos. Nos estamos refiriendo a que si bien el proceso de desarrollo, en el transcurso de estos largos dos siglos, ha ayudado para que muchos hayan logrado salir de la pobreza, también es verdad que aún existen muchas personas que se mantienen en esta situación, con el agravante de que cada día nuestro planeta, fuente de las principales materias primas que mueven al mundo industrial y globalizado de nuestros días, está dando señales inequívocas de que se está resintiendo de la explotación que el hombre, sistemáticamente, ha venido haciendo en los últimos doscientos cincuenta años.

Después de la Segunda Guerra Mundial uno de los objetivos más importantes y explícitos para la gran mayoría de los países, tanto para los más ‘viejos’, como para muchos de los recién nacidos -principalmente en África, Asia y Oceanía- fue precisamente tratar de alcanzar la seguridad económica y social de sus habitantes. En este contexto, todavía prevalecía la idea de que era necesario crecer primero (Desarrollo Económico), para luego distribuir los beneficios de este crecimiento entre la población.

Sin embargo, los problemas ambientales que ya se venían manifestando, adquieren progresivamente mayores dimensiones, sobre todo a partir de los años setenta del siglo pasado. Los llamados países ricos generalmente son vistos o señalados como los principales causantes, entre muchas otras cosas, del aumento del gas carbónico en la atmósfera; pero también los llamados emergentes, y junto a ellos los más pobres, que reclaman además su justo derecho a buscar tasas de crecimiento económico sostenidas y crecientes, contribuyen a agravar éste y otros problemas ambientales. Las tasas de crecimiento económico mostradas por los países de Asia, especialmente de China, han ayudado para que la contaminación se duplique en los últimos veinte años. Mientras que el 20% de la población del planeta acumula un poco más del 80% de la renta mundial, un 40% subsiste con apenas 3,3% del Producto Mundial Bruto (PMB). Los pobres del mundo también tienen frío y hambre; y para satisfacer, sobre todo esta última necesidad básica, queman todo lo que tienen a mano: desde madera a estiércol, pasando por plástico y cajas para embalar. A esto se le suma el rol que juega en todo este proceso la tala sostenida, que año tras año, muchos de los pobres que todavía viven en el medio rural realizan para ampliar sus tierras de cultivos.

En nuestros días, el encuentro del creciente mundo industrial y la pobreza extrema en la que viven millones de personas, dos realidades que se entremezclan y diluyen, nos induce a reflexionar si en verdad los ingentes esfuerzos realizados, desde distintos escenarios internacionales, para llamar la atención de los diferentes gobiernos para que se ocupen de los problemas asociados con el desarrollo y el ambiente, han tenido los resultados esperados. Todo parece indicar que no es así.

Ciertamente, desde que salió a la luz pública el conocido *Informe Brundtland*, 1987, del que surge la idea del llamado ‘Desarrollo Sustentable’; y a pesar de la *Cumbre de la Tierra*, reunión celebrada en Rio de Janeiro (1992), en la que se discutió lo relativo al cambio climático y la biodiversidad, y más de 100 líderes mundiales firmaron un pacto mundial conocido como los ‘Objetivos de Desarrollo del Milenio’, en los que destaca el combate a la pobreza; del *Protocolo de Kyoto*, instrumento internacional suscrito en 1997, y que nace de la reunión anterior, cuyo objetivo era y es intentar reducir las emisiones de aquellos gases que inciden directamente en el calentamiento global; y de la *Cumbre del Milenio* (Rio+10), reunión realizada en Johannesburgo para continuar con las conversaciones iniciadas 10 años atrás en la Cumbre de la Tierra, todo apunta a que los problemas del planeta continúan agravándose.

Ante este escenario, varias opciones han salido a la palestra, desde aquella que sostiene que debemos pensar en cómo se le garantiza a las generaciones futuras satisfacer sus necesidades, para lo cual se debería enfatizar más en el ser que en el tener (Desarrollo Sustentable / Desarrollo Humano), hasta la que afirma que se debe descartar cualquier 'Desarrollo' que incluya la idea del crecimiento económico, preconizando, de hecho, su contrario (decrecimiento económico), pasando por posturas intermedias que sostienen que todos los pueblos del mundo tienen derecho a satisfacer sus necesidades básicas, lo que necesariamente significa pasar por un período de desarrollo económico, pero aceptando que este crecimiento no puede ni debe ser infinito, lo que comporta repensar la noción de riqueza que manejamos hoy día.

Parece importante, en esta rápida discusión sobre el desarrollo y el ambiente, incluir una reflexión final dedicada al papel que necesariamente debe tener la variable ambiental en la educación de los individuos, en la prosecución de los objetivos asociados con el desarrollo, y el rol fundamental que en ésta tienen los diferentes gobiernos sin importar la ideología que los guíe. Los problemas ambientales que padecemos hoy, sobre todo los que tienen que ver con la contaminación en todas sus expresiones, son resultado, en buena medida, de las acciones de los seres humanos, pero también sabemos que la gran mayoría de éstas se han hecho en nombre del desarrollo. Es fundamental educar para que cada persona tenga conciencia de su responsabilidad para con ella misma y para con los demás. Y en esto no sólo el Estado tiene la última palabra.

Delfina Trinca Figuera
Editora responsable